

XLIV.

Como fantasmas helados
Van las brumas otoñales
Envolviendo la llanura
Y el abandonado valle.

El viento frío deshoja
Con sus caricias los árboles,
Que, como espectros, se elevan
Desnudos y sin follaje.

Uno tan solo, uno solo,
Aun cubierto de ramaje,
Triste y callado, resiste
De las brisas el embate.

Y á veces sacude lento
Su cabellera flotante,
Humedecida con lágrimas
De dolor inconsolable.

Como ese campo desierto
Es mi corazón amante;
Y ese árbol que hoy ven mis ojos
Verde y lozano, elevarse
Como en los días de estío,
Es, señora, vuestra imagen,
La imagen de vuestra eterna
Hermosura inalterable.

XLV.

Un cielo gris y monótono,
La ciudad siempre severa,
Siempre mirando el torcido
E inquieto curso del Elba.

Largas narices, que ahora,
Cual siempre, aburridas sueñan
Y que hipócritas se inclinan
Humildes hacia la tierra,
O se hinchan presuntuosas
Con gravedad altanera.

¡Oh costas del Mediodía!
¡Cuánto vuestra hermosa tierra
Vuestro cielo, y de ese cielo
Las divinidades bellas
Adoro, después que han vuelto
A ver mis ojos, con pena,
Estos hombres que me espantan
Y este clima que me hiela!

HOJAS CAÍDAS